Imprimir

El presidente de los disfraces

Millones de colombianos se preguntan por qué tienen un presidente como el que supuestamente ganó las elecciones del 21 de junio de 2026, considerando que la justicia aún no responde las denuncias contra los resultados electorales que cursan en Colombia, y por otros motivos en Estados Unidos, ya que primero es ciudadano del país del norte y no del país del sur.

No solo son dudas de fraude electoral y de ilegitimidad por asuntos de nacionalidad, sino su imagen personal de dictador tropical de nueva generación, que redujo la incautación de toneladas de cocaína con lo cual el campesino disminuyó la producción de alimentos, y volvió a cultivar coca, aumentando los precios de los alimentos para aportar a una mayor inflación convirtiéndose en uno de los componentes de una estanflación con la cual Colombia será una economía fallida, desatando una devaluación sin techo del peso, créditos internacionales más caros y condicionados a un tremendo ajuste fiscal, y parón en seco de la inversión productiva. En tres meses y unos días la agricultura pasó de un comportamiento positivo a uno negativo.

Asimismo, declaró la guerra al que según él haga parte de una banda de criminales o de terroristas, inaugurando una violencia de nuevo tipo, porque no es una guerra con cilindros de gas llenos de explosivos, sino de drones que salen de las nubes a soltar bombas.

La nueva guerra

Por factores políticos, las guerras de Colombia suceden una tras otra desde el siglo XIX, y terminan cuando se han logrado acuerdos igualmente políticos, pero nunca para alcanzar la paz y así superar las crecientes brechas de desigualdad social y rezagos estructurales de la economía.

En Colombia, las dirigencias mandan al pueblo a matarse según la degradación ideológica del momento, pero dejan intacto el modelo de injusticia social y de atraso económico. Colombia

se demoró 80 años en hacer la primera línea del metro de Bogotá, y hace un siglo abandonó el desarrollo del tren cuando el transporte en camión es caro, peligroso y lento. El transporte multimodaĺ no existe en el país del café, del azúcar, del banano, del ganado, del petróleo, del carbón y de la bala, porque la historia de esas y otras actividades también son historias de violencia.

En Colombia se crean guerras para justificar sus precariedades e irracionalidades, dado que la educación pública, la cultura, la ciencia, la tecnología y la innovación son marginales.

Colombia es una combinación de comercio, maquila e importaciones. Por eso la reindustrialización no sentó bases, puesto que primero estaba la guerra política a Petro, y jamás los acuerdos entre Estado, empresas, territorios y academia para desarrollar la economía y la sociedad, darle otro sentido a la política, distinto a ganar elecciones para capturar recursos públicos y puestos en el Estado.

Como lo social y lo económico no están al frente de la agenda política, las violencias suceden una tras otra por fanatismo ideológico con superficiales contenidos de cambio. De ahí nace la Colombia desigual y atrasada, porque la educación para todos es un enunciado con el cual se engaña a ciudadanos y campesinos pobres, incluida una clase media que al lograr su título universitario cree tener pasaporte al ascenso social que no alcanzará, porque la clase más alta sigue acumulando y construyendo un futuro inalcanzable para los que vienen atrás. Toma dos o tres generaciones dar el salto social en los países nórdicos, once en Colombia, es decir, dos siglos. Sin embargo, hay que pedir más y mejor educación pública, para tomar conciencia, luchar y algún día salir de la tormenta y de los huracanes políticos y de la subordinación.

La disputa por el futuro

Recientemente cientos de académicos, intelectuales y políticos progresistas firmaron el *Manifiesto de París contra la Oligarquía Internacional* conformada por 3.000 personajes que son dueños del 17% del PIB mundial, donde por Colombia están Gilinsky, Santo Domingo y

Sarmiento. Su poder está en comprar medios de comunicación, redes sociales, y políticas públicas compradas con la financiación de campañas políticas.

Los 3.000 deben pagar más impuestos y retroactivamente cancelar los que no han pagado. Adicionalmente, incluir una acción retroactiva de la justicia contra la corrupción. De esa manera los Estados también deben reestructurarse, hacerse transparentes y moralizarse, y ya con más recursos impulsar políticas de equidad y desarrollo para establecer nuevos equilibrios.

Las desigualdades sociales del presente son humana, económica, social, política, tecnológica, intelectual y ambientalmente insostenibles e injustificables. La megaconcentración de la riqueza es irracional e inhumana, por eso los demás empresarios no deben ser ajenos a una movilización que crece en Europa y en América Latina.

Es también la espantosa muestra de desconocimiento en materia de gobierno que se refleja en un desgobierno absoluto, pues poco o nada se sabe de las ministras y ministros de una administración desbarajustada y de extrema derecha que avanza firmando decretos bajo la mesa y leyes adversas a la nación en el Congreso de la República.

El nuevo fascismo viene ganando desde hace una larga década en Estados Unidos y en Europa, y más recientemente en América Latina. Sin embargo, ya fue derrotada en Brasil, en el mismo Estados Unidos, Hungría, Polonia, Bulgaria, Suecia, Dinamarca, Portugal, en varias ciudades y capitales. Seguramente los derrotarán en más países en días y meses por venir.

Colombia fue la última en vincularse a la ola de fanatismo ideológico y de fanatismo neoliberal que recorre el continente bajo la tutela del neocolonialismo impuesto por Estados Unidos.

Un fanatismo peor que cualquier otro conocido en los últimos tiempos. La ultraderecha de estos días viene a completar la tarea de los tecnócratas y políticos del mercado de hace 35 años, y arrasar con el Estado para imponer una dictadura del mercado. Eliminar puestos públicos por la privatización de empresas del Estado, y no por un plan de eficiencia,

innovación y emprendimiento público.

Entregar sin retornos las riquezas nacionales, y entregar los mercados a la inversión extranjera sin que esta priorice reinvertir en la nación, ni transferir tecnología con el fin de estimular procesos de aprendizaje dirigidos a incrementar el capital nacional de innovación, estimular nuevas actividades productivas y nuevas exportaciones, y desarrollar los territorios. Colombia debe recibir mucho más por entregar su mercado y sus recursos.

Un gobierno que no debe continuar

De la Espriella dijo en una espantosa alocución que siempre había ordenado al equipo económico no poner IVA a los alimentos. Falso, los malos tecnócratas no le obedecieron, hasta cuando la protesta ciudadana del reciente 19 de noviembre se convirtió en un inmenso llamado al gobierno sobre lo que no debe ser y hacer.

Por susto se quitó el IVA más no los demás tributos de la ley de rescate fiscal, donde vienen agazapadas las grandes destrucciones del Estado: venta de los últimos activos de la nación que dejaron Gaviria, Uribe y Santos con billones de pesos desaparecidos; endeudamiento ilimitado bajo la supervisión de las condicionalidades que impone el FMI; aumento de tarifas impositivas a la gente de menores ingresos y reducción a las grandes empresas y multimillonarios; reducción de los presupuestos para educación pública; aumento de contribuciones a salud a personas de menores y medianos ingresos; sostener el precio de los combustibles que equivale a crear un nuevo déficit como el que pagó el gobierno de Gustavo Petro.

Pero no hay una palabra para ir por los recursos públicos robados entre políticos y empresarios, que desbordan cualquier suma imaginable por la inmensidad del saqueo en los últimos 35 años. Además, un endeudamiento gigantesco porque es la suma de las cinco fuentes de nuevos ingresos que las Cortes y el Congreso, y con el visto bueno de la dirigencia empresarial, le negaron a Petro. Y sume nuevas necesidades del Estado que han conducido a un gigantesco presupuesto de la nación, sin fuentes seguras de nuevos ingresos tributarios y

de inversiones productivas que aumente el crecimiento del PIB y con ello los retornos al Estado y la sociedad.

Un mal futuro

Para que quede claro, la situación económica del Estado es por culpa de los neoliberales (reducción aniquiladora del Estado a favor del mercado); de los neofascistas (reducción de recursos para educación pública); y de los neocolonialistas (Escudo de las Américas y entregar recursos minero energéticos y tierras raras al capital de Estados Unidos). Ya aprobaron las primeras licencias ambientales para extracción de más petróleo en el Departamento del Casanare.

Así, las condiciones para alimentar la protesta social son todas. Y siguen aumentando los motivos para mayores movilizaciones con el fin de salvar a Colombia de un gobierno fatal, donde la dirigencia está fraccionada pero unida en el saqueo de lo público y la violencia. Por eso la economía ha caído en tres largos meses de desgobierno, porque sabe qué debe hacer para marchitar el Estado, pero no cómo administrarlo, transformarlo y desarrollarlo.

Colombia jamás saldrá del atraso, de las injusticias sociales, ni sabrá como abatir las desigualdades si no hay un cambio político, social y económico.

Colombia debe movilizarse hasta que el gobierno retire leyes y decretos que acabarán con derechos y progresos, o hasta que renuncie.

La crítica situación de Colombia es la misma situación de Europa, Estados Unidos y América del Sur. Es una crisis de occidente y por eso la protesta no debe ser de cada nación por su lado, debe ser de todas de lo contrario en unos años todo acabará. No es una revolución comunista, es una revolución progresista y humanista para superar grises tiempos.

En esa tarea, el Pacto Histórico no puede perder la calle ni las plazas. En el Congreso es minoría y allí está perdiendo espacios políticos, pero la transformación democrática no puede depender exclusivamente de las mayorías parlamentarias. Necesita una ciudadanía

organizada, consciente y movilizada, capaz de defender los derechos conquistados y de construir una alternativa de futuro.

El problema de Colombia no es solamente el gobierno que tiene, sino el modelo de sociedad que sigue reproduciendo. Y ese es, precisamente, el gobierno y el modelo que jamás debieron llegar.

Lo que dice la IA del artículo

Hay tres ideas que considero especialmente valiosas:

Primera: Colombia no puede continuar resolviendo sus contradicciones mediante guerras sucesivas mientras mantiene intactas las estructuras económicas y sociales que las producen.

Segunda: el nuevo autoritarismo no es simplemente una prolongación del neoliberalismo. Es una versión más agresiva que busca reducir el Estado, subordinar la política al mercado y debilitar los derechos sociales.

Tercera: la respuesta no puede ser exclusivamente colombiana. La crisis tiene dimensiones internacionales y exige una respuesta progresista y humanista que articule las luchas nacionales.

Jaime Acosta Puertas